

nos que le acosan más de cerca, él se interna en el bosque con el general y los siete últimos hombres de la partida.

A cincuenta pasos de la linde Charrette da muestras de recobrar sus fuerzas y dirigiéndose al marqués, le dice:

—Souday, escucha mi última orden.

El joven se detiene.

—«Déjame al pié de esa encina.» Pero al ver que vacilaba continuó con acento imperioso: «¡Todavía soy general, obedéceme!»

—Bueno, dijo Charrette; ahora escúchame. Es preciso que el rey, que me ha nombrado general en jefe, sepa cómo he muerto; vuelve al lado de S. M. Luís XVIII y cuenta lo que has visto. ¡Yo lo mando!

Charrette hablaba con tal solemnidad, que el marqués de Souday, á quien por primera vez tuteaba, no le ocurrió la idea de desobedecer.

Depuso á su general al pié de una encina y lo arrimó al tronco.

—Y ahora, le dijo el general, no hay que perder un momento. Huye; aquí están ya los azules.

En efecto, los republicanos aparecían en la linde del bosque. Souday cogió la mano que Charrette le tendía; pero éste le dijo:

—¡Abrázame!.... ¡Basta! exclamó en seguida desprendiéndose de sus brazos; parte, parte al momento.

Souday dirigió una mirada á Juan Oullier y le dijo:

—¿Viénes?

Pero este hizo con la cabeza un gesto sombrío.

—¿Qué queréis que vaya yo á hacer allí, señor marqués? contestó; en tanto que aquí....

—¿Y aquí qué vas á hacer?

—Ya os lo contaré si volvemos á vernos, señor marqués.

Y así diciendo, disparó dos tiros á los dos republicanos más próximos. Ambos cayeron. Uno de ellos era un jefe superior en torno del cual se agruparon todos.

Juan Oullier y el marqués de Souday aprovecharon aquel momento de confusión para internarse en lo más fragoso de la selva. Cuando hubieron andado como cincuenta pasos, Juan Oullier vió un frondoso matorral, y deslizándose entre sus ramas como una serpiente, se ocultó haciendo al joven una señal de despedida.

El marqués de Souday continuó su camino.

## II

## GRATITUD DE LUÍS XVIII

Dirigióse el marqués de Souday hacia las riberas del Loira, en donde halló á un pescador que le llevó hasta el cabo San Gildo. Desde allí avistaron una fragata que cruzaba á pocas brazas de tierra: era una fragata inglesa. Mediante un aumento de pasaje de algunos luíses, el pescador llevó al marqués hasta el buque.

Una vez allí, ya estaba en salvo.

Al cabo de algunos días la fragata avistó un buque mercante que hacía rumbo al canal de la Mancha; le llamaron con la bocina y las dos naves se acercaron: era una embarcación holandesa. El marqués de Souday manifestó deseos de continuar la travesía en esta última, y el capitán inglés accedió á su deseo haciéndole conducir á bordo de ella. Esta le dejó en Rotterdam, de donde pasó el marqués á Blackemburgo, reducida ciudad del ducado de Brunswick, en la cual había fijado Luís XVIII su residencia; pero Luís XVIII estaba comiendo y estos momentos eran solemnes para él.

El ex-pajese vió obligado á esperar que su majestad hubiese comido. Introdujéronle después y relató los acontecimientos que había presenciado, en especial la última catástrofe que acababa de suceder, con una elocuencia tal, que Su Majestad, á pesar de que no era muy impresionable, se conmovió hasta el punto de exclamar:

—Basta, basta, marqués; sí, el caballero de Charrette era un leal y esforzado servidor: no podemos dudarlo.

Y le indicó con un ademán que podía retirarse. El mensajero obedeció; pero al salir de la estancia oyó que el rey decía con acento áspero y mal humorado:

—¿Quién le manda á ese imbécil de Souday, venirme á contar semejantes cosas después de comer? De seguro me ha alterado la digestión.

El marqués era susceptible, y pensó que oírse llamar imbécil después de haber expuesto la vida durante seis meses, y precisamente por boca de aquel por quien la había expuesto,

era una recompensa bastante mezquina. Quedábale todavía en el bolsillo un centenar de luises, y saliendo aquella misma noche de Blackenburgo, exclamó despechado:

—Si hubiese podido prever semejante recibimiento, no me habría dado tanta pena para venir.

Y dirigióse desde luego hacia Holanda y de allí á Inglaterra.

Aquí la existencia del marqués de Souday toma una faz completamente distinta. El marqués era uno de aquellos hombres cuyo carácter flexible los hace idóneos para toda clase de situaciones, y cuya fortaleza ó debilidad de ánimo dependen exclusivamente de las circunstancias, á cuyas exigencias se doblegan siempre con extremada facilidad. Por espacio de seis meses había sabido mantenerse á la altura de aquella terrible epopeya que Napoleón llamaba *la guerra de los gigantes*; había teñido con su sangre los páramos y matorrales del Alto y del Bajo Poitou, había sobrellevado con estóica perseverancia, no sólo las adversidades de aquellos combates sin tregua ni cuartel, sino también las privaciones sin número que eran la consecuencia forzosa de aquella lucha de guerrillas que les obligaba á acampar en la nieve, á errar sin alimento, sin vestido, sin asilo alguno por los bosques y eriales de la Vendée, y lo había hecho sin concebir jamás la idea de desazón ó de enojo, sin proferir una queja, sin exhalar un suspiro; y sin embargo, al verse aislado, sin apoyo de ningún género en la inmensa ciudad de Londres, por la cual erraba lleno de tristeza y presa de amargos recuerdos, se encontró completamente falto de energía para resistir los encantos de la ociosidad, pusilánime para combatir el tedio que le consumía, apocado de ánimo y exhausto de fortaleza ante la miseria: males inevitables que debían atacarle en la soledad de su destierro.

Aquel hombre que había arrostrado las sangrientas persecuciones de las columnas de la república, no tuvo entereza para rechazar las tentaciones de la holganza, y corrió en pos del placer libándolo en todas partes, á toda costa, ansioso de llenar el vacío que notaba en su existencia, desde que habían cesado de ocuparla las peripecias de aquella lucha exterminadora.

Al entregarse ciegamente á los goces sensuales, halló que no todos correspondían á la escasez de sus recursos, y por lo tanto tuvo que contentarse con satisfacer sus apetitos con

algunos deleites de orden inferior, lo cual dió pié á que fuese perdiendo gradualmente aquella aristocrática distinción que el traje de aldeano que había llevado por espacio de más de seis meses no había podido menoscabar, y con ella su elegancia y la delicadeza de su gusto; parangonó con el *champagne el ale* y el *porter*, y dejóse cautivar por los groseros atractivos de las abigarradas sílfides de *Grovesnor* y de *Haymarket*, él, ilustre caballero que habría podido escoger su dama entre las duquesas de la corte.

La ligereza de sus principios y las imprescindibles necesidades de la vida no tardaron en obligarle á transigir con su amor propio en detrimento de su reputación; contrajo algunas deudas que no podía pagar, escogió sus camaradas de libertinaje en una clase inferior á la suya, lo cual le acarreó el menosprecio y la animadversión de sus compañeros de destierro; pero esto mismo fué causa de que, exasperado el marqués de Souday, se entregase á la disolución y al olvido de sí mismo con tanto más ardor, cuanto que era cada día más ostensible el aislamiento en que le dejaban sus compatriotas.

Tras dos años de tan relajada vida, el acaso le dió á conocer en un garito de la *Cité* que asiduamente frecuentaba, una costurera que una de aquellas repugnantes criaturas que pululan por las calles de Londres acababa de sacar de su miserable guardilla poniéndola por primera vez en horrible y vergonzosa almoneda. Como á pesar de los rudos golpes de la adversidad y de los malos hábitos que había contraído el marqués conservaba todavía algunos restos de su aire aristocrático y distinguido, la joven conoció la diferencia que mediaba entre él y sus camaradas, y arrojóse llorando á sus plantas, suplicándole que la librase de la vida infame á que querían arrastrarla y para la cual no había nacido, pues hasta entonces su conducta había sido intachable.

La muchacha era hermosa y el marqués accedió á sus deseos. Entonces la pobre niña se echó en sus brazos, ofreciéndole un tesoro de amor y de abnegación; de modo que el venturoso marqués, sin ánimo de hacer una buena acción, desbarató los inicuos planes que se habían fraguado con el objeto de especular con la belleza de Eva, que tal era el nombre de la pobre muchacha.

Eva era una tierna y honrada criatura y cumplió fiel-

mente su palabra: el marqués fué su primero y último amor.

Por lo demás, aquel cariño no podía haber nacido en sazón más oportuna. Empezaba ya el marqués á hastiarse de las riñas de gallos, del vaho nauseabundo de la cerveza, de las reyertas con los *constables* y de los galanteos callejeros, cuando el amor de aquella joven llevó la calma á su agitado espíritu; y la tranquila posesión de aquella hechicera niña, blanca como los cisnes, emblema de la Gran Bretaña su patria, halagando su corazón, fué gradualmente modificando sus costumbres, de tal modo, que al cabo de algún tiempo, si no tenía precisamente las que á su alta alcurnia correspondían, observaba por lo menos la conducta tranquila y morigerada de un hombre honrado. Fuese á vivir con Eva en una reducida guardilla de *Piccadilly*, y como la joven cosía primorosamente púsose á trabajar para una lencería, en tanto que el marqués se dedicaba á dar lecciones de esgrima. Desde aquel momento vivieron con el escaso producto de las lecciones del marqués y de la labor de Eva, y sobre todo, con la felicidad que les deparaba un amor bastante poderoso para dorar su indigencia.

Con todo, este amor, á fuer de mortal, se consumió; bien que á la larga, pues felizmente para Eva las conmociones de la guerra de la Vendée y los goces desenfrenados de los infiernos de Londres habían absorbido la savia excesiva de su amante envejeciéndole precozmente, y el día en que el marqués de Souday advirtió que su amor á Eva había degenerado en un fuego si no extinguido próximo á espirar, el día en que los besos de la joven fueron impotentes, no para saciarle, sino para conmoverle, la costumbre había llegado á ejercer en su ánimo un ascendiente de tal naturaleza, que aunque se hubiese decidido á buscar exparcimiento y solaz fuera de su modesta y tranquila vivienda, no habría tenido valor para romper unos lazos en los cuales su egoísmo gozaba de tan gratas, bien que monótonas y pasajeras fruiciones.

Aquel hombre antes tan disipado y libertino, aquel joven ilustre cuyos antepasados habían sido durante tres siglos señores de horca y cuchillo en su condado, aquel *ex-bandido*, ayudante de campo y camarada del *bandido* Charrette, llevó por espacio de doce años la existencia triste, metódica y necesitada de un modesto empleado ó de un artesano más modesto todavía.

Mucho tardó el cielo en bendecir aquella unión ilegítima; pero por último escuchó las súplicas reiteradas que Eva no había dejado de dirigirle durante aquel período de doce años: la pobre mujer quedó embarazada y dió á luz dos gemelas.

Pero Eva sólo pudo gozar por algunas horas de aquella felicidad que tan ardorosamente ansiara, pues murió de sobreparto. Su amor al marqués de Souday era tan intenso y apasionado después del largo espacio de tiempo que acababa de transcurrir como en los primeros meses de su unión; pero esto no había sido parte á ocultarle que la frivolidad y el egoísmo eran las dos cualidades negativas que más sobresalían en el carácter de su amante: así es que murió atormentada por el dolor de despedirse para siempre de un hombre á quien tanto amaba y la angustia de pensar qué sería de sus hijas abandonadas á la ligereza y frivolidad de semejante padre.

Explicaremos con detenimiento la impresión que causó esta pérdida al marqués de Souday, por cuanto retrata fielmente á un personaje destinado á representar un importante papel en esta historia.

Al principio lloró amargamente á su compañera, tanto porque no podía menos de apreciar las cualidades que la adornaban y reconocer la felicidad que había disfrutado con su cariño, como porque es absolutamente imposible que haya un corazón tan duro y egoísta que no experimente el dolor de una herida tremenda al sentir que la eternidad pone una valla insuperable entre él y el corazón que por largo tiempo palpitó al compás de sus propios latidos. Pero aquel dolor fué lentamente amortiguándose, hasta que llegó un día en que el marqués experimentó un sentimiento muy parecido al del colegial que se ve libre de las trabas que le oprimían. Ocurrióse al señor de Souday que necesariamente debía llegar un momento en que su elevada alcurnia exigiese el rompimiento de aquel lazo, y que por consiguiente no debía quejarse de que la Providencia le hubiese ahorrado un paso tan penoso.

Mas este contento fué muy efímero, pues la tierna solicitud de Eva le había acostumbrado á mil minuciosos cuidados, y al verse privado repentinamente de ellos, el mimado marqués, que hasta entonces no había apreciado jamás su inmenso valor, comprendió que le era, si no imposible, muy

difícil y doloroso pasarse sin ellos. La guardilla que habitaba le apareció desde que dejó de animarla la pura y alegre voz de la inglesa, bajo su verdadero aspecto, esto es, como un asqueroso chiribitil; así como al notar en su almohada la ausencia de la rubia y sedosa cabellera de su amiga halló su lecho tan horrible como solitario.

¿Cómo reemplazar, pensó entonces Souday, las dulces caricias y la tierna solicitud á las cuales le había Eva acostumbrado durante doce años?

Al hacerse esta reflexión, al advertir su doloroso aislamiento, comprendió el marqués toda la extensión de la irreparable pérdida que acababa de experimentar, lloró á su querida con amarga pena; y al verse obligado á separarse de las dos niñas que confiaba á una nodriza del condado de York, prorrumpió en acentos tan vehementes de ternura y de dolor, que á la pobre aldeana que debía llevarlas consigo se le saltaban las lágrimas de los ojos.

Mas cuando vió rotos todos los lazos que le recordaban lo pasado, el marqués se rindió agobiado por el peso de su aislamiento, su carácter fué volviéndose cada día más taciturno y melancólico, dejöse dominar completamente por el tedio, arrastró la existencia como una carga insoportable, y como su fé religiosa no era de las más acendradas, de seguro habría acabado por arrojarse al Támesis, á no haber sobrevenido muy oportunamente para él la inmensa catástrofe de 1814. El terrible desenlace de la gigantesca tragedia de la Revolución y del Imperio, llegó muy á tiempo para desterrar de la mente del marqués las lúgubres ideas que le asediaban.

Al ver levantado tan inesperadamente su destierro, el marqués de Souday regresó acto continuo á su país natal, apresurándose á pedir á Luís XVIII, á quien nada pidiera durante su larga expatriación, el premio á que le había hecho acreedor la sangre que en su defensa había vertido; pero es sabido que algunos monarcas sólo necesitan un pretexto para ser ingratos, y idesgraciadamente Luís XVIII tenía tres!

En primer lugar, la manera intempestiva con que el antiguo paje le había anunciado la muerte de Charrette, con cuya imprudencia había efectivamente perturbado la digestión del rey.

En segundo lugar, su salida inconveniente de Blacken-

burgo, partida acompañada de palabras más inconvenientes todavía.

Tercero y último motivo: la intemperante conducta del joven durante la emigración.

De modo que el pobre marqués tuvo que contentarse con un pomposo panegírico de su bravura y lealtad, y un discreto cuanto elocuente discurso, encaminado á demostrarle la imposibilidad de que el gobierno confiriera un empleo á un hombre que había incurrido en semejantes extravíos. Prescindiendo de otros argumentos llenos de lógica y sensatez, significáronle que el rey no era ya señor absoluto; que sucediendo su reinado al de la inmoralidad, debía afianzarse en la opinión pública, y para captarse las simpatías del país iniciar una era de nuevos y severos principios: discurso que terminó con un patético epílogo, en el cual le encarecieron el admirable ejemplo de grandeza de ánimo que daría á sus conciudadanos si coronaba una existencia llena de lealtad, sacrificando á las necesidades de la situación sus ambiciosas miras.

Tanto le arengaron, que el pobre marqués se vió obligado á ceder á tan poderosos razonamientos y á contentarse con la cruz de S. Luís y el empleo y retiro de jefe de escuadrón; y convencido de la inutilidad de tentar un nuevo esfuerzo, se resignó á comer el pan del rey en sus tierras de Souday, que como sabemos era el último resto de la inmensa fortuna de sus antecesores.

Pero lo más particular es que todas estas decepciones no obstaron para que el marqués cumpliera en 1815 su deber, abandonando por segunda vez su pobre castillo cuando Napoleón efectuó su maravilloso regreso de la isla de Elba. Al caer de nuevo el emperador, el marqués de Souday volvió á Francia en pos de sus legítimos príncipes.

Aleccionado ya por la experiencia, á esta segunda restauración contentóse con pedir el título de teniente de montería del distrito de Machecul, cuya gracia le fué otorgada con tanta mayor facilidad cuanto que era gratuita. Esta petición distaba mucho empero de ser desinteresada, pues habiéndose visto privado el marqués durante la juventud de un placer al cual siempre había tenido su familia grandísima afición, empezó desde entonces á dedicarse á la caza más que con empeño, con delirio, con frenesí. Pesoso como estaba á consecuencia de la vida monótona y aislada que á des-

pecho suyo tenía que llevar y agriado por los desengaños políticos que acababa de sufrir, encontraba descanso y distracción en este saludable ejercicio; y cuando merced á su título de *lobero* pudo gozar del derecho de recorrer libremente los bosques del Estado, esta gracia, que tan exigua había parecido á los mismos que se la otorgaron, halagóle más que la cruz de S. Luís y el despacho de jefe de escuadrón.

Dos años hacía ya que el marqués de Souday vivía en el castillejo batiendo el monte día y noche con media docena de perros, ya que no podía tener mayor trailla, sin ver á sus vecinos más que lo absolutamente preciso para no pasar plaza de insociable, dando al olvido las glorias y las amarguras, los buenos y malos ratos de su vida anterior, cuando al partir una mañana con intento de hacer una exploración en la parte septentrional de la selva de Machecul, tropezó con una aldeana que llevaba en cada brazo á una niña de tres á cuatro años.

El marqués de Souday la conoció y asomáronle los colores á la cara, porque aquella aldeana era la nodriza del conde de York, á la cual hacía ya treinta y seis ó treinta y ocho meses que se había olvidado de pagar la pensión convenida. La buena mujer había ido á Londres pidiendo con gran trabajo y no menor insistencia informes del marqués en la embajada francesa. El embajador la envió á París recomendándola al ministro, y éste se había apresurado á indicarle la morada del señor Souday, seguro de que experimentaría una alegría inmensa al ver de nuevo á sus hijas.

Lo extraordinario del caso es que no se había engañado del todo. Aquellas tiernas criaturas eran un trasunto tan fiel de la pobre Eva, que el marqués al mirarlas no pudo dominar su emoción: besólas con verdadero trasporte, entregó la escopeta á la inglesa, y tomando en brazos á las niñas, entró en el castillo con aquel botín inesperado, con grande asombro de su cocinera, mujer de Nantes, que componía toda su servidumbre, y que le abrumó á preguntas sobre tan singular hallazgo.

Aquel interrogatorio le amedrentó. El marqués sólo contaba entonces treinta y nueve años, y tenía vagos deseos de casarse, pues al par que consideraba como un deber sagrado la propagación de su ilustre raza, habíase holgado mucho de encontrar una mujer que le aliviase de los quehaceres domésticos, á los cuales tenía que dedicarse á despecho suyo;

mas estos planes quedaban inevitablemente frustrados si las dos niñas permanecían con él bajo un mismo techo. Al ocurrírsele esta idea, recompensó con largueza á la nodriza é hizo que partiera al día siguiente.

Pero durante la noche se le ocurrió un medio con el cual le pareció que podría conciliarlo todo.

¿En qué consistía?

Lo veremos en el siguiente capítulo.

### III

#### LAS DOS GEMELAS

Habíase acostado el marqués de Souday recordando aquel antiguo axioma «la noche es buena consejera.»

Durmióse arrullado por esta esperanza, y soñó...

¿Qué diríais que soñó?

Los antiguos combates de la Vendée, á Charrette de quien había sido ayudante de campo, y especialmente á un buen muchacho, hijo de un colono de su padre, y á quien había tenido á su vez por ayudante de campo.

Soñó pues á Juan Oullier, de quien ya se había olvidado y á quien no había vuelto á ver desde el día en que se despidieron en el bosque de la Chabotterie junto á Charrette moribundo.

Si la memoria no le era infiel, constábase al marqués que Juan Oullier vivía antes de incorporarse al ejército de Charrette en el villorio de la Chevrolliere, próximo al lago de Grand-lieu. Mandó pues que montase á caballo el hombre de Machecul que ordinariamente desempeñaba sus encargos, y entregándole una carta le encomendó que fuese á la Chevrolliere, en donde debía inquirir si aun vivía un tal Juan Oullier y si todavía moraba en el país. Si recibía una contestación afirmativa, debía darle la carta y hacer todo lo posible para traerle consigo; si vivía en las inmediaciones de la aldea, tenía que buscarle y evacuar del mismo modo su